

## **“Él nos escucha y nos responde”**

“Et in meditatione mea exardescit ignis” –Y, en mi meditación, se enciende el fuego. –A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz. Por eso cuando no sepas ir adelante, cuando sientas que te apagas, si no puedes echar en el fuego troncos olorosos, echa las ramas y la hojarasca de pequeñas oraciones vocales, de jaculatorias, que sigan alimentando la hoguera. –Y habrás aprovechado el tiempo. (Camino, 92)

25 de octubre

Cuando se quiere de verdad desahogar el corazón, si somos francos y sencillos, buscaremos el consejo de las personas que nos aman, que nos entienden: se charla con el padre, con la madre, con la mujer, con el marido, con el hermano, con el amigo. Esto es ya diálogo, aunque con frecuencia no se desee tanto oír como explayarse, contar lo que nos ocurre.

Empecemos a conducirnos así con Dios, seguros de que Él nos escucha y nos responde; y le atenderemos y abriremos nuestra conciencia a una conversación humilde, para referirle confiadamente todo lo que palpita en nuestra cabeza y en nuestro corazón: alegrías, tristezas, esperanzas, sinsabores, éxitos, fracasos, y hasta los detalles más pequeños de nuestra jornada. Porque habremos

comprobado que todo lo nuestro  
interesa a nuestro Padre Celestial.

Así, casi sin enterarnos, avanzaremos  
con pisadas divinas, recias y  
vigorosas, en las que se saborea el  
íntimo convencimiento de que junto  
al Señor también son gustosos el  
dolor, la abnegación, los  
sufrimientos. ¡Qué fortaleza, para un  
hijo de Dios, saberse tan cerca de su  
Padre! Por eso, suceda lo que suceda,  
estoy firme, seguro contigo, Señor y  
Padre mío, que eres la roca y la  
fortaleza. (*Amigos de Dios, nn.*  
*245-246*)